

CONDECORACION

“ORDEN DE MAYO AL MERITO NAVAL”

Jorge Patricio Arancibia Reyes



En mi calidad de Almirante, Comandante en Jefe de la Armada de Chile, tengo el honor y el privilegio de dirigiros la palabra para agradecer la condecoración

“Orden de Mayo al Mérito Naval en el Grado de Gran Comendador, Almirante Guillermo Brown”, que me ha sido impuesta por el Señor Jefe del Estado Mayor General de la Armada de la República Argentina, Almirante don Carlos Alberto Marrón.

Esta presea que luzco con orgullo, recuerda al héroe máximo de la Armada Argentina, Almirante Guillermo Brown, y constituye otro sólido y significativo eslabón de la cadena que chilenos y argentinos hemos ido forjando y que hoy nos hermana en proyectos de futuro y desafíos comunes.

Creo que en la historia de nuestras armadas es posible encontrar dos etapas similares muy definidas: una *la de sus nacimientos*, cuando ambas lucharon por una vida nacional independiente y la otra *cuando ellas afianzaran sus respectivas identidades*, en el marco de la etapa más sólida de la organización nacional, posterior a la independencia.

Durante *la primera época*, tanto Chile como las provincias unidas del Río de la Plata debieron suplir la absoluta falta de elementos materiales y humanos, con un tre-

mendo amor a la libertad, haciendo surgir casi de la nada incipientes poderes navales que fueran capaces de disputarle a España el control del mar en sus respectivas áreas de influencia.

En el caso chileno, en gráfica frase del Almirante Luis Uribe en su libro de historia naval, mencionaba:

“Todo, absolutamente todo, había que pedirlo a tierras lejanas; desde la quilla de los buques hasta los capitanes que debían comandarlos...”

Mitre por su parte, diría del caso argentino:

“No teníamos ni astilleros, ni maderas, ni marineros, ni nuestro carácter nos arrastraba a las aventuras en la mar, ni nadie se imaginaba que sin esos elementos pudiésemos competir algún día sobre las aguas con potencias marítimas que enarbolaban centenares de gallardetes”.

Por ello y mientras Chile luchaba contra España en el Pacífico durante la denominada Patria Vieja, las provincias unidas del Río de la Plata enfrentaban el acoso permanente del poderío naval español en el Atlántico, que utilizaba preferentemente el puerto de Montevideo como su base de operaciones afectando seriamente al puerto de Buenos Aires.

Siendo por ustedes muy conocidos los pormenores del apoyo a la causa patriota del joven marino irlandés avecindado en Buenos Aires, Guillermo Brown, sólo quisiera evocar dos de sus muchas victorias navales por el sentido que para mí tiene el recibir la

* Palabras del Sr. Comandante en Jefe de la Armada de Chile, Almirante Don Jorge Patricio Arancibia Reyes, con ocasión de ser condecorado durante su visita a Argentina en abril recién pasado, por su anfitrión el Almirante don Carlos Alberto Marrón.

Condecoración que recuerda su nombre.

Una, cuando recién nombrado Comodoro de la incipiente fuerza naval creada e izando su insignia a bordo de la fragata *Hércules*, logra en una acción memorable capturar la base enemiga en la isla Martín García y dividir a la escuadra española. Tras ello, evidenciando una superior percepción estratégica, sugiere con insistencia al gobierno bloquear de inmediato a Montevideo y capturar la plaza.

Aceptada la idea, desarrolla una excepcional maniobra marinera en que logra desarticular la fuerza naval española, logrando el 17 de mayo de 1814 rendir sus naves y a la plaza de Montevideo, consiguiendo una completa victoria para los patriotas del Plata.

La segunda victoria a la que me referiré, fue en la guerra contra el imperio de Brasil, cuando desarrolla una campaña plena de hechos destacados que en un número total de 33 acciones de guerra le ratifican su categoría de héroe nacional, descollando en la batalla de Juncal donde bate y rinde a una escuadra de 17 naves brasileñas, obligando a su Almirante a arriar bandera y a entregarse prisionero, consiguiendo paralizar las operaciones navales del enemigo y logrando una paz honrosa para su patria adoptiva.

Para los marinos chilenos, formados bajo el ejemplo de un valiente Almirante extranjero, Thomas Alexander Cochrane, la figura del Almirante don Guillermo Brown también encarna la fidelidad a la causa de su patria adoptiva, la consagración al cumplimiento severo del deber, el culto al honor militar y la práctica de todas las virtudes públicas y privadas, que así lo elevaron a la altura de un verdadero héroe republicano. *Ante su recuerdo, nos inclinamos con admiración.*

En consecuencia, nuestra temprana emancipación de la dominación española nos hermanó fácilmente a chilenos y argentinos, gracias a que nuestras sociedades eran realmente una sola.

Esta *identidad de voluntades* y caracteres comunes se prolongó durante la campaña de

liberación de Chile por el Ejército de los Andes y posteriormente, cuando se realizara la expedición libertadora al Perú.

No existe otra explicación que justifique los esfuerzos titánicos desarrollados por nuestros antecesores, para liberar al pueblo hermano del Perú, magna empresa que contó con el empuje y bravura del ejército chilenoargentino, bajo las órdenes del General don José de San Martín y la protección de la ya fogueada escuadra de Chile, a las órdenes de Cochrane.

Al respecto, el ilustre Bartolomé Mitre escribiría: *"la bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional según lo convenido con San Martín, concurrendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el ejército unido chileno-argentino..."*.

¡Juntos, hace 170 años, fuimos capaces de luchar y triunfar por una causa libertaria que no ha conocido parangón en la historia de América...!

Sostengo que *la segunda etapa en nuestras relaciones*, comienza con posterioridad a las campañas independentistas, cuando Chile y Argentina inician la construcción de sus propias identidades nacionales, tan diversas y distintivas que no podrían ser comparadas con la de otros estados americanos, que estaban recién embarcándose en el mismo proceso formativo.

En dicha época, nuestras armadas fueron siguiendo sus patrones nacionales característicos, mientras los respectivos gobiernos disponían la conquista y ocupación de territorios a los que ambos sentían parte legítima de un patrimonio hereditario.

Este proceso inevitablemente llevó a que los dos países *fuera reforzando la diferenciación nacional ya iniciada* y se comenzaran a introducir elementos de *claro contenido antagónico*.

Sumado a lo anterior, cuando cada estado elaboró o puso en marcha sus pro-

pios proyectos políticos, económicos y sociales, ellos fueron invariablemente *diferenciados, la más de las veces, competitivos y, por qué no decirlo, opuestos*.

En dicho proceso se enmarcan las claras diferencias derivadas de escuelas de pensamientos geopolíticos distintos, que buscaron imponer criterios inaceptables para la otra parte y crearon entre nosotros una suerte de esquemas ideológicos, no fáciles de superar hasta nuestros días.

En dicho contexto, arribamos a la firma del Tratado de Paz y Amistad de 1984, instrumento que buscó conciliar nuestras legítimas diferencias y que nos conduce a una nueva etapa de las relaciones entre países hermanos y complementarios.

Quisiera mencionar que entonces me desempeñaba como agregado naval de Chile en Argentina y fui testigo presencial de cómo nuestras armadas, profesionales y capaces, supieron cumplir con su deber *como caballeros del mar*. Iniciando una serie de aproximaciones que las han llevado en apenas 14 años, a mirarse hoy a los ojos para encontrar un pensamiento transparente y un alma dispuesta.

Larga sería la lista de eventos a destacar, pero sólo quisiera hacerlo con dos que me parecen particularmente relevantes:

El primero, es la visita de la corbeta "Parker" a la Exposición de Material Naval Exponaval, desarrollada en Valparaíso en noviembre de 1998, trayendo a bordo al señor Almirante don Diego Enrique Leivas, Comandante de la Flota de Mar. En su tránsito por aguas chilenas, se efectuaron ejercicios tácticos entre la corbeta y sus pares de la escuadra de Chile, hecho inédito en nuestras relaciones navales.

El segundo, fue la puesta en práctica de la Patrulla Antártica Combinada en el verano de 1999, participando en ella unidades argentinas y chilenas oportunidad en que compartimos alternadamente y por primera vez la responsabilidad de rescate, salvamento y combate a la contaminación

acuática en esa área, con resultados ampliamente positivos, cumpliendo una tarea de utilidad y repercusiones internacionales, evidenciando claramente la firme voluntad de avanzar en la defensa de los intereses comunes de ambos países en ese continente.

Habiendo encontrado hoy el camino adecuado de solución de los diferendos territoriales y entendiendo chilenos y argentinos que debemos convivir en un mundo que exige tratar con actores poderosos, nuestros países y en su contexto nuestras armadas se enfrentan a una oportunidad histórica, *quizás única*, cual es la de navegar juntas, definitiva y sólidamente, en un océano en el que hoy domina el mundo del desarrollo.

De allí deriva el imperativo ineludible de trabajar para reforzar los cada vez más sólidos lazos que nos unen en beneficio del bien común de nuestros países, llevando adelante proyectos convergentes y complementarios, que nos permitan utilizar mejor nuestras propias potencialidades y disminuir las vulnerabilidades existentes.

En este aspecto, quisiera traer a la memoria una frase pronunciada por aquel noble Príncipe de la Iglesia Católica Romana, el Papa Juan XXIII, quien sostenía la siguiente idea que estimo perfectamente aplicable a estas reflexiones:

"busquemos aquello que nos une, en vez de aquello que nos separa..."

Consecuente con lo anterior, sostengo ante ustedes que nuestra actual situación corre hoy por *dos claras tendencias nacionales*:

¡Lo que nos hace parecidos y nos une y lo que nos hace diferentes y nos distingue sin constituirse en un factor que nos separe!

Por ello es que como Comandante en Jefe de la Armada de Chile, pienso que debemos asumir responsablemente nuestras diferencias, *respetándolas*, pero *cultivando las características comunes que nos unen*, en un proceso que para que sea exitoso, deberá ser lento, y a la medida de nuestras identidades, las que nos han dado el carác-

ter y sustento espiritual que ha forjado nuestro ser institucional.

Proceso lento, pero intenso y constante, que apunte a la modificación de patrones culturales que serán los llamados a cimentar el reencuentro definitivo de sentimientos hermanos.

¡Ello lo lograremos, gracias a que en nuestra relación nunca se ha dado la tibieza de las medias aguas, sino que siempre se impuso la franqueza de almas viriles y bien nacidas y de espíritus decididos de ciudadanos de patrias hermanas, hijas del rigor!

Así, haremos que la cordillera de Los Andes, bastión geográfico que nos separa, se convierta en la columna vertebral que integre y articule a Chile y Argentina para que la estrella solitaria y el sol de mayo de nuestros pabellones patrios, brillen por siempre en el Cono Sur de América.

Señor Almirante y amigo don Carlos Alberto Marrón:

La historia de nuestras armadas ha sido la historia de sus hombres. Estoy convencido de que cada marino chileno y argentino se honra a sí mismo y asume conciencia de su historia al descubrir y reconocer sus raíces.

Ellas nos permiten conservar frescas, hasta hoy, las victorias de un Cochrane y de un Brown, héroes sobre los cuales construimos nuestra vocación de marinos.

Con respeto a esas raíces es que hoy ante usted, reitero el reconocimiento de la Armada de Chile por la significativa distinción que a su Comandante en Jefe ha impuesto, ya que a través de mi persona es a mi Armada a quien realmente se ha homenajeado y le aseguro que esta Condecoración será lucida con gran orgullo en mi pecho y con enorme gratitud en mi corazón.

Muchas gracias caballeros.

